

1er. Capítulo

# Los papeles de agua

Antonio Gala



Alguien que intenta huir de su destino encuentra así su destino verdadero.

Antonio Gala



Los papeles de agua

## LOS PAPELES DE AGUA

---

Miro hacia atrás y veo que me ha rodeado siempre una cerca encrespada de vidrios rotos y de cristales puntiagudos. ¿Quién me encerró con ella? ¿Quién podría saltarla sin desangrarse? Ni un solo momento de mi vida puedo considerarlo feliz. Ni siquiera cuando he tratado de engañarme. Todo lo que me importaba se me ha acercado sólo para decirme adiós.

Que no se pongan moños los que escriben, ya lo hagan bien ya mal: eso nadie lo sabe hasta después. Porque todo es literatura. En el sentido estricto y en el despectivo a la vez. Si no se escribe, si no se cuenta, nada existe ni dura. Aunque parezca susurrada, secreta o al menos sigilosa, la política es literatura en cuanto trata de explicarse y de proliferar. Y en cuanto trata de convencer y apear sus absurdos, la teología es también literatura en el peor sentido de la palabra. Y la justicia y la economía y el latrocinio y la desigualdad de clases. Y, por encima de todo, el amor: una moneda muy valiosa que no sirve para comprar absolutamente nada. (Voltaire atisbó algo: «Curtir la piel del oso que devoró a Abacaba no consuela.») O la cenestesia, ese resumen de nuestro interior y de nuestro exterior, esa confusa síntesis de nuestras sensaciones.

No sé el tiempo que llevo sin escribir. No me interesa ya. Me deprime. Me parece un infantilismo. Es para escribir contra el escribir (y también contra el no escribir) por lo que

hoy, después de estar vagando por esta ciudad inhabitable, subo a mi par de humildes habitaciones, donde no hay nada personal, nada me recuerda a nadie, ni a mí misma, y cojo una cuartilla escrita por la otra cara con una diligencia del juzgado número 38 de Madrid, dirigida a no sé quién ni me importa, y que tampoco sé cómo ha llegado hasta mis manos. El folio del que formaba parte va acompañado de otro, que sugiere cómo burlar la ley a golpe de talonario. También eso es literatura... Lo es hasta lo que no se escribe y en consecuencia no puede leerse. Cuanto se relata y se obra, se obra y se relata como literatura. Todo lo que acontece es literatura o nada.

Entonces, ¿para qué romperse las manos escribiendo? (La de veces que me habré preguntado por qué he escrito siempre a mano... Ninguna máquina, ni antigua ni moderna, me ha tentado.) ¿Para qué reprocharme a mí misma, como lo hago, no escribir ya? Si no he dejado nunca de escribir, o eso supongo... Lo que ocurre es que ahora estoy cansada, no de hacerlo sino de no hacerlo. Quizá mis antiguos lectores lo agradezcan, aunque a todo llega una a acostumbrarse... Estoy deprimida. Estoy aburrida. He corrido mucho durante un largo tiempo. O a mí se me ha hecho largo. Quizá esté agotada. O mejor, hasta los ovarios. Tengo gana de hablar sólo con los analfabetos; porque lo que oigan los leídos será otra vez literatura.

Me he venido —o me han traído— hasta aquí para estar sola. Para no hablar ni con el servicio, porque no lo necesito y ni siquiera conoce el español. Para hablar sólo un poco, muy poco, con algún transeúnte y preguntarle una dirección. En esta ciudad, donde la respuesta es siempre la misma: «*Destra, sinistra, sinistra, destra, destra, sinistra e altra volta sinistra.*» Los transeúntes son los que me hacen ahora compañía. He decidido (pero ¿lo he decidido yo de veras?) quedarme aquí para

convencerme de qué innecesario es escribir. Sobre todo si se está convencida de que nadie va a leerte como debe, o como tú te crees que debe. O, mejor aún, de que nadie va a leerte en absoluto. O, mejor que mejor, de que van a tratar de aniquilarte: los grupitos contrarios, los enemigos ni siquiera terribles sino ruines, los envidiosillos que desean tacharte encogiéndose de hombros cuando te cita alguien.

No me asombra: siempre ha sido así. Con todos. Pasa hoy con Nietzsche y con quienes lo criticaron desde su aparente mismo nivel, como Mann o Canetti, que había previamente hundido a Mann: él sólo amaba a Demócrito, porque quedaba lejos. Pasa hoy con Heidegger, que tanto ilusionó al principio a tres o cuatro contagiados, y ahora se le acusa de escribir como un esquizofrénico. O con Melville, al que se acusa, ante su matrimonio blanco (o más que blanco, transparente) de la *prosa eyaculatoria* de su libro *Pierre*. O con el infeliz Kafka, que animó a tantos desanimados de momento, porque se consideraban más enriquecedores y más profundos y más felices que él, y quizá lo eran. Pasó y pasa con los rusos en general: aquel Iván Goncharov de mi infancia, o Dostoievski (del que nadie está seguro ni de escribir bien el apellido) o el autosuficiente Tolstói, que a nadie quiso y por nadie fue querido en vida, y, por fin, después de ella, aún se atrevió a escribir que Shakespeare era un escritor rematadamente malo y que su éxito sólo lo explica «una especie de hipnosis colectiva». No se le pasó ni por la imaginación que tal escritor malísimo fuese un colectivo integrado nada menos que por Marlowe, Bacon, Edward de Vere, conde de Oxford, y quizá por el propio mister W. H. de los sonetos... Ja, ja. Como para que te declaren inmortal sin que sepan ni de números ni de letras... Yo, sin embargo, creo que Shakespeare fue sólo un trío: él, que sí existió, Marlowe, y Bacon, los tres homosexuales, como otro que yo sé... Pero todo lo ensayístico del primero es del tercero; los sonetos del primero son del segundo; y las comedias del tercero, del primero, aunque en este campo hay mezclas,

confusiones y matrimonios adúlteros. Como otro que también sé. En cualquier caso, un lío sin importancia: lo único que importan son sus consecuencias, señor conde León Tolstói.

¿Y la infeliz y pensativa Simone de Beauvoir, a la que el horroroso Jean-Paul Sartre llamaba su *Castor*? Los dos, siempre tan unidos que compartían las novias, han sido hoy comparados con Ginger Rogers y Fred Astaire. Qué pena. Tantos razonamientos para acabar así. Nos está bien empleado, por escribir. Mauriac, que tenía mala leche como todos los *buenos* dijo que, después de leer *El segundo sexo*, sabía todo sobre la vagina de la Beauvoir. «Es asqueroso», concluía... Aunque yo esté de acuerdo con ella en una cosa: hay que cambiar el orden del mundo antes de que cambie de deseos. Los suyos, más que nada, eran la libertad sexual y toda su reata. Me parece muy bien. Por eso, cuando ella y su Jean-Paul, con su estrabismo tan divergente, fueron a Moscú no era tanto para besarle los bigotes a Stalin como para acostarse con Lena Zonina, una espléndida espía del KGB. Para acostarse ella más que él por descontado. Porque ella, tan rebelde de cama, era sumisa, doméstica, delicada y celosa fuera de la cama y dentro de la prisión dogmática del bisojo filósofo. Y a pesar de ello alardeaba de feminista, de independiente y pensadora. Nunca me atrajeron sus libros ni su vida. Una vez pensé que Tomás de Aquino pensaba en ella cuando definió a la mujer como un hombre frustrado: como era santo, quizá profetizaba. Una pena. La misma pena que no vale escribir. Por fortuna yo he dejado de hacerlo. Porque la palabra *escritor* me da unas veces risa y otras escalofríos.

Y no sé si lo he decidido o he sido obligada. Sea como sea, prefiero no escribir con tal de no hacerlo, por ejemplo, como lo hizo Borges, que nunca se atreve a chocar contra la piedra, sino que la reblandece para describirla mejor y a su manera, no a la de la piedra. Qué escasa valentía y cuánto engaño ajeno después del autoengaño. O lo mismo que Brecht, tan admirado en un momento, antes de que se supiera su opinión

sobre lo que escribía: «¿Qué importa si la gente pasa hambre? ¿Es que la sacias cuando escribes teatro sobre el hambre? Hay que llegar arriba, hay que imponerse, hay que tener un teatro, hay que representar al público las propias obras. Y después ya veremos.» Sí, cierto: después ya lo hemos visto. Todo es una descomunal letrina, donde los propios excrementos no se distinguen de los de otros. Porque la mayor parte hemos dicho, antes de abrir la boca, más de lo que teníamos que decir. De ahí que yo haya elegido cagar en mi retrete y tirar luego de la cadena.

Di que sí, Asun, preciosa: vomita todo el rencor que tienes dentro. Así te quedarás tranquila de una vez. Ojalá.

Quizá antes, mucho antes de ahora, la cosa de escribir tuvo cierto halo. No lo digo por los clásicos, que sólo lo hicieron para criticar desde la barrera, detrás del burladero. O para comer, sobre todo los españoles, que le bailaban el agua a cualquier poderoso. Pero ahora el más idiota, de cualquier sexo y profesión, con una vida cargada de aburrimiento y de jubilaciones, de avaricia o de escándalos, aunque no sean muy grandes, quiere contarnos algo. Quiere escarmentarnos o iluminarnos: jodernos, en una palabra. Y la literatura que inventa, o que manda inventar a un negro, es aún peor que su experiencia, más ramplona y con más errores... ¿Ya esa mierda la transformaron unos cuantos en sustituto de la vida? Qué desencanto si es que algún día estuve de veras encantada. Qué mal trueque. Aunque ningún escritor, quizá por eso, desea vivir peligrosamente al borde del abismo. Todo mentira. Hemingway y su pandilla americana, qué *bluf*. Bastante peligro es ya escribir. Yo caí en él. De él vengo. No voy a repetir esa corrida... Ni aunque me echara su capotillo san Fermín. Sólo la buena poesía —pero ¿cuál es la buena?— puede librarse de la condena universal. Porque es dictada, claro. Y hay que tener muy buen oído, un oído muy fino, para escuchar lo que nos dicen —¿desde dónde?— y para musicar lo que escribimos... Quizá la música es lo que salva todo. Pero ¿qué

música? Hay tanto horror que intenta confundirse con ella... En el crucero que, sin quererlo yo o sin conciencia de ello por lo menos, me dejó aquí, compuse algo sin escribirlo, pero aún lo recuerdo. Maldita sea mi estampa. Decía aproximadamente así:

*La gran estela nos prolonga  
y nos despide a un tiempo.  
Desgarra los turquesas  
entre espumas rabiosas;  
altera la grave indiferencia:  
salta, se pliega, se refugia  
en sí misma, juega, se enreda y abre,  
muerde, lanza un millón de carcajadas,  
se queja y clama, se ensordece,  
se abrume y nos abrume...  
Hasta que cicatriza, después de adormecerse,  
lejos de nuestros ojos.  
Y allí, en el horizonte,  
se funde nuevamente  
con la serenidad.  
Quizá con el olvido...  
Así actúa el amor  
y todo lo demás.*

Siento una especie de náusea física cuando recuerdo lo que he escrito. De la cantidad hablo. No es ya tedio y hartazgo de haberlo hecho, sino pesar. Y miro alrededor y me escandalizo. Veo que ahora se escribe más que nunca. Quizá sean culpables los ordenadores. Por gente que no sabe siquiera ortografía ni otra regla ninguna; ni sentido del ritmo. Por gente que, porque se aburre, quiere aburrir a los demás. O peor, por gente que se considera interesante, o que presume de vida apasionada o de inteligencia superior. O sólo porque quiere publicar algo, a menudo sin el más mínimo interés, y ver su



nombre en un libro o, mejor todavía, en la televisión. O encarga a otro que lo haga por él, porque, en el más encomiable de los casos, él o ella ya sabe por lo menos que no sabe escribir. Como una especie de pésimo periodismo de hoy para mañana, que sólo sirve para envolver merluza semicongelada. O ni para eso, porque los periódicos no se usan ya como envoltorios. Ni como nada, porque para eso están otros papeles: el albal y el higiénico. Qué decepción. Qué vida tan vana y tan baldía he llevado... (Aunque al final me pusieran en mi sitio, que aún no sé cuál será.) He llevado y aún llevo. Porque, lo quiera o no, esto que estoy haciendo ahora mismo es escribir. Aunque me pese.

Lo que sí tengo claro es que no escribiré nunca más para que me lean —eso lo juro—, sino porque sienta la necesidad de hacerlo. Igual que el adicto que toma su droga para sobrevivir y matarse a la vez. Para tomar conciencia de mi vida. De lo que únicamente creí que es mi vida. Conciencia de la vida de los personajes que he inventado hasta ahora, que la tome su puta madre. Siempre que no se me considere su madre a mí. Pero hay momentos en que me es imprescindible escribir y me es imprescindible a la vez estar segura de que lo que escriba desaparecerá luego. En estos pobres papeles, para que no quede, para que se sumerjan empapados en el Canal de la Giudecca, precisamente en él. Sólo por sentir un poco más de intensidad que quien vive y olvida, escribiré lo que a tontas y a locas se me ocurra o me ocurra. No tengo otro interés ahora. Como quien escribe en el agua. Directamente en ella. Por una parte, cumple así la urgencia de recordar quién es, dónde está y qué le ha sucedido donde está; por otra, su firme voluntad de que otros ojos no lo lean nunca.